

Seis por Uno

ASÍ SE COBRÓ LA DICTADURA LA MUERTE DE FERMIN COWLEY



Han pasado meses y meses pero todavía los rostros están tristes y los trajes son de luto. Son las esposas, las hijas, las hermanas de las víctimas del 9 de abril. La dictadura no perdonó la muerte de Fermín Cowley y en sangrienta represalia asesinó a seis personas. La revolución no ha hecho más que cumplir con un deber en llevar a esos asesinos ante el pelotón ejecutor.

ERA el año 1957. Holguín vivía bajo el terror implantado por el jefe militar del distrito que tenía su sede en el regimiento que lleva el nombre ilustre de Calixto García. Fermín Cowley sometía a la población a un inacabable baño de sangre. Sus matones de uniforme o los vestidos de civil enrolados en el SIR o el BRAC cometían toda clase de tropelías. Las Navidades de Sangre del año anterior constituirán por siempre una página de horror en esa lista interminable de crímenes que es la historia de la dictadura batistiana.

Los hombres de acción del 26 de Julio pensaban que había que eliminar al hombre que tanto daño hacía a la Revolución asesinando a sus mejores hijos. Y en silencio, lentamente pero con precisión se fueron fraguando los planes para poner punto final al verdugo de los hombres del "Corintia".

Y Fermín Cowley pagó sus crímenes. La mañana del sábado, 23 de noviembre, en la Cuban Air de Libertad y Angel Guerra, Cowley examinaba unas piezas que había mandado pedir para su avión particular. Dos hombres, dispuestos a todo, ejecutaron con precisión cronométrica el atentado que dio al traste con la vida del hombre que tenía ya un cementerio particular.

Cuando se conoció la noticia Holguín se estremeció de temor. En el fondo era grato saber que ya el gran enemigo de la Revolución no haría más daño al pueblo. Pe-

ro se temía que el régimen tomase represalias que fuesen en la ciudad de la Periquera algo así como una nueva San Bartolomé.

Para sustituir al jefe muerto, Batista envió al "Calixto García" a Leopoldo Pérez Coujil, sacándolo del BRAC. Pérez Coujil llegó en avión acompañado de treinta hombres armados de ametralladoras. Con ese aparato guerrero entró en el club de oficiales, lugar en que estaba en capilla ardiente, su predecesor. Se sentó cerca del féretro, hizo una guardia de honor, volvió a sentarse. Después, poniéndose de pie dijo enérgicamente:

—Vamos a ver que se hace.

Lo que se hizo comenzaría poco después. A Holguín llegaron con instrucciones de "investigar" la muerte de Cowley el comandante De la Noval y el teniente coronel Irenaldo García Báez, el retoño asesino de Pilar García.

La búsqueda de los autores continuaba. Pero los que lo hicieron, en lugar de salir de Holguín, se pusieron a dar vueltas en máquina por el Reparto Peralta y después en vez de tomar la carretera —sumamente vigilada— volvieron a entrar en la ciudad y se ocultaron en casas de elementos de toda confianza, cambiando el escondite en cuanto se avistaba el menor peligro de sorpresa.

Los matones del régimen desorientados, buscaban una víctima propiciatoria. No podían mantenerse tranquilos cuando la Revolución

UN REPORTAJE DE
ROLANDO C. BRUNET

—Fotos de PACO ALTUNA—

les había propinado aquel golpe. Y los asesinos de uniforme, sedientos de sangre, se apretaron a ofrecer a su jefe máximo, los cadáveres de unos cuantos holguineros que debían pagar con sus vidas la de Fermín Cowley.

Comienzan las detenciones

El 27 de noviembre —fecha de por sí luctuosa, ya que en ella se conmemora el fusilamiento de los estudiantes— fue el día escogido por García Báez y su gente para comenzar las detenciones. Con un gran aparato bélico rodearon dos manzanas de casas. Las calles Frexes, Fomento, Aguilera y Narciso López se llenaron de máquinas en que viajaban los sicarios del SIM, del SIR y del Cuartel "Calixto García".

El entonces sargento Marino Velázquez, que llevaba sus hijos a las detenciones y a las torturas, como quien los lleva al cine, se presentó en la casa del doctor Mario Pozo Ochoa cirujano dentista y le conminó a que le acompañara, pues estaba detenido. El profesional pidió permiso para quitarse la bata y ponerse un saco, pero no se lo permitieron. Con las palabras

más groseras, casi a empujones, lo sacaron de la casa en presencia de su mamá y otros familiares.

En General Feria 132 se producía una escena similar. Residía allí el profesor Rubén Bravo, maestro masón, instructor de los Ajefts, que había sido decano del Colegio de Maestros, casado con una maestra y padre de cinco hijos. Bravo estaba sentado en la sala, leyendo un periódico, cuando los esbirros se presentaron como una tromba diciéndole que estaba detenido.

A las preguntas del maestro y a las demandas angustiadas de la esposa, respondieron con groserías y malas palabras sin dar ningún informe. Se limitaron a expresar que tenían que conducirlo al Regimiento para responder a un interrogatorio.

A las seis de la tarde otro grupo de policías, ametralladora en mano, se detenía en la casa en que residían los padres de Pedro Rojena Camayd, soltero, empleado del comercio, Caballero de Colón, presidente de la Sociedad Juventud Libanesa y secretario de Finanzas del Sindicato de Obreros y Empleados del Comercio.

Se le informó que Pedro no había regresado de su trabajo en la



Asunción Estela Angulo vio torturar a su esposo; fue sometida, ella misma a las más crueles vejaciones. Irenaldo García Báez la amenazó con desnudarla a ella y a su hija ante la soldadesca. Y llevó su cobardía hasta torturar a Angulo delante de su hija. Ahora, ella cuenta eso al reportero ante el compañero Rafael Pupo Mendoza, coordinador de Prensa del Regimiento y Secretario del comandante Delio Gómez Ochoa que tantas facilidades dieza para la realización de este trabajo.

¡DOS MAS!

HOLGUIN, como todo Oriente, sufrió la purga de sangre a que la dictadura sometió a las poblaciones de la región indómita. Sus muertos son incontables. La famosa Pascua de Sangre del coronel Cowley enlutó numerosos hogares. Y

la masacre siguió día a día, noche a noche. En esa lista de mártires de que forman parte los seis asesinados de la madrugada del nueve de abril, queremos recordar a otros dos: Eradio Domínguez, asesinado el día 4 de agosto de 1957 y Jesús Feliú, una de las víctimas de la Navidad Sangrienta del 25 de diciembre del 56.

Domínguez era panadero. Estaba en el establecimiento durante el apagón de ese día del mes de agosto, cuando llegó su esposa a buscar unas velas pues una hijita de ambos estaba enferma. El salió a buscar las velas pues allí no las había y mandó a la esposa para la casa. Pero Domínguez no regresó jamás. Al otro día apareció muerto, con siete tiros en la cabeza. Lo dejaron en un placer del reparto Peralta. Alguien le había oído suplicar:

—No me maten que tengo una niña enferma.

Pero los asesinos no se conmovían por niños enfermos ni por ancianos inválidos. Y ultimaron a Domínguez. Cuando le encontraron apretaba, en las manos aún llenas de harina, las velas que no pudo llevar a su casa.

A Jesús Feliú le fueron a buscar a su domicilio diciéndole que tenía que ir a la Jefatura a prestar declaración. Fue confiado y le montaron en una máquina que había en la esquina. Al día siguiente, unos chóferes se acercaron a su esposa para informarle que por San José había aparecido un hombre muerto que creían podía ser Jesús. Y efectivamente era él. Más de veinte personas fueron asesinadas ese día.



Eradio Domínguez.



Jesús Feliú.

tienda. En esos momentos llegada el joven, ignorante de lo que sucedía. Una vecina le llamó, presurosa, diciendo que tenía un recado urgente para él. Gracias a ese subterfugio se enteró que el despliegue de sicarios que había en la cuadra de su casa era por él y se mantuvo en casa de la persona que le había avisado.

Mientras, en su domicilio, la policía insultaba a los ancianos padres del joven y efectuaban un vejaminoso registro en toda la casa. Al fin tuvieron que marcharse sin su víctima.

Los familiares comenzaron de inmediato las gestiones para ver qué podía hacerse y acudieron a Ramón Camayd primo de Pedro y comerciante muy conocido en Holguín para que acompañase a Rojena a la Jefatura. Antes de presentarlo, Ramón se entrevistó con Irenaldo García Báez, quien le reiteró una y otra vez que Pedro sería respetado en su integridad física, que nada le sucedería ya que lo buscaban simplemente para un interrogatorio.

El joven pidió a sus familiares que no lo entregaran de noche.

—A todos los que prenden de noche los matan.

Su primo le dijo que no hablara así, pues se le habían dado garantías. De acuerdo con ellas, le presentaron al día siguiente, a las seis de la mañana, en la Jefatura de Policía y de la misma al Regimiento.

Los otros tres

Ese mismo día 28, Ramón Flores Carballosa, vendedor de autos en la agencia de Guarino Aguilera, se encontraba en casa de su hermana Linda, donde había ido a almorzar. Ya estaban enterados de la detención de Pozo Ochoa, Bravo y Rojena Camayd. Hablando con Linda, Ramón dijo:

—Tengo el presentimiento de que a mí también me van a prender.

Ella trató de disuadirlo de esa idea, pero él insistió afirmando que se decía que él, desde la agencia, había visto a los que mataron a Cowley. Y agregó:

—No me importaría que me detuviesen. Lo que siento es que me torturen.

En tal estado de ánimo poco o nada comió y se dirigió a la oficina. Pero sus presentimientos no le engañaban. Poco llevaba en su



En el campo de tiro del regimiento, en medio del verdor de las lomas, estaba la casa del sargento Caraveo donde se torturaba a los holguineros. Pupo Mendoza muestra al reportero este techo de zinc. Allí encerraban a los detenidos, le daban después candela y cuando el calor hacía que tratasen de salir, les acribillaban a tiros como se comprueba con las numerosas perforaciones que muestra.

trabajo cuando se presentaron los matones del régimen y se lo llevaron a la Jefatura. Al salir a la calle pasaba un sobrino suyo que regresaba en esos momentos de La Habana. Hizo además de dirigirse a su tío, pero un gesto rápido de éste lo detuvo. Ramón quería evitar a su sobrino una detención segura.

El joven llegó a la casa y comunicó a sus padres lo que había visto por lo que éstos comenzaron, de inmediato, las diligencias para saber lo que acontecía.

Ya antes, casi a la misma hora en que Flores comunicaba a su hermana sus temores, Atanagildo Cagigal Torres, presidente-administrador de la Compañía de Artes Gráficas Cagigal, S. A. se encontraba solo en el establecimiento, cuadrando unas cuentas. En ese momento llegó un policía y le dijo que el teniente Lassa Parlá estaba en la esquina, en una máquina y quería hablar con él para tratarle de la confección de unos impresos que necesitaban en la Jefatura. Como no era la primera vez que esto sucedía, Cagigal cerró la puerta y se marchó en dirección a la esquina.

En ese recorrido se encontró con un hermano suyo y le informó de lo que iba a hacer:

—Voy a ver a Lassa Parlá que quiere hablarme de un trabajo. Enseguida regreso.

Pero no regresó. Su esposa, María Barter Gutiérrez, extrañada de que pasara la hora del almuerzo y Cagigal no regresara, preguntó por su paradero y supo del mensaje que había recibido Atanagildo, a las once y media. Indagó en

la Jefatura y le dijeron que no estaba allí. Fue al Regimiento y le informaron que no sabían nada de él. Al segundo día, en el mismo lugar, cambiaron el disco y le dijeron entonces que si estaba allí, pero que no había por qué preocuparse ya que se trataba simplemente de una investigación.

Ya eran cinco. El 29 por la tarde, el propio Irenaldo García Báez se presentaba en casa de Manuel Angulo Ferrán, propietario-administrador de la emisora CMKO y quien era, además, la figura máxima del 26 de Julio en Holguín. El ver al segundo jefe del SIM en su casa hizo comprender a Angulo que ya estaba firmada su sentencia de muerte. Pero, no obstante, dio ánimos a su esposa e hijos, asegurando que debían creer que nada le pasaría.

Su hermana Yolanda comenzó a hacer diligencias; buscó un abogado y luego otro, sin que por eso adelantase nada, ni le fuera posible ver a Manuel. Se dirigió entonces a Santiago y comunicó la detención de los seis holguineros a los dirigentes santiagueros del Movimiento.

Doloroso calvario

Comenzó entonces para las madres, hermanas, esposas e hijas de los seis detenidos el largo calvario que ya habían recorrido innumerables mujeres cubanas. Iban todos los días hasta las afueras de la ciudad, a la sede del Regimiento, donde las postas las tenían horas y horas al sol, mientras ellas mantenían la esperanza de que las de-

(Continúa en la Pág. 105)



Manuel Angulo Ferrán, salvajemente torturado.



Atanagildo Cagigal Torres, le cortaron un dedo...



Pedro Rojena Camayd, se preparaba para casarse.



Ramón Flores Carballosa, "se que me van a detener".



Mario Pozo Ochoa se lo llevaron a empellones.



Rubén Bravo, deja viuda y cinco huérfanos.